

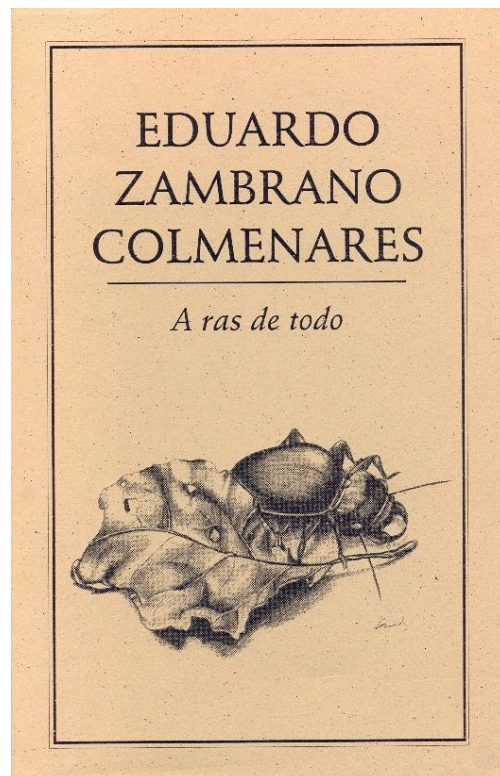
<http://gregoryzambrano.com/>

A RAS DE TODO

Atisbos para una poética anticipada

por Gregory Zambrano

Eduardo Zambrano Colmenares, *A ras de todo*, México, Ediciones del Ermitaño, Col. Minimalia, 2000, 85 p.



A *ras de todo* (México, Ediciones del Ermitaño, col. Minimalia, 2000), de Eduardo Zambrano Colmenares es una demostración más de que el ave fénix continúa renaciendo de sus cenizas. Luego de una no muy feliz experiencia editorial, o mejor, luego de un intento fallido por hacerse realidad, este

libro tuvo antes una identidad distinta y como tal otro nombre: *El lugar del delito*. Este título prefiguraba un contenido donde podría prevalecer el lenguaje policiaco a partir de un *topos* preciso. Pero creo que no era más que una falsa pista. Felizmente, con nuevas vestiduras y una que otra variante, el poemario está frente a nosotros mostrando su nueva identidad, la cual, visto su contenido, deja ver el acierto de su nuevo título.

El libro urde un entramado donde sus temas juegan a mostrarse multiplicados, como en un caleidoscopio, proponiendo una significación de complemento y diálogo entre sus partes: «De etiqueta», «Aires de lechuga» y «Del verso y sus poéticas». Tres partes que conjugan opciones dinámicas para basar su unidad, y al mismo tiempo proponer unos referentes en los cuales la poesía se torna cotidianidad, reflexión, humor, ironía y homenaje. Son elementos que traspasan las fronteras de lo íntimo para postular una objetivación del entorno que en mucho reúne rasgos de la poesía conversacional, en la línea latinoamericana de Roque Dalton, Leonel Rugama y Víctor Valera Mora, por citar sólo tres ejemplos de distintas geografías. La búsqueda expresiva de lo coloquial, de lo exteriorista, la trascendencia de elementos discretos de la realidad, lo austero del hecho diario, se carga de sentidos dinámicos que le imprimen al conjunto un efecto de contundencia en la expresión y también una postura desinhibida frente a la realidad. Las tres partes dialogan y se complementan, no hay una ruptura radical ni en lo formal ni en lo temático en cada una de ellas.

En “De etiqueta” se concentran algunos de los elementos recurrentes de todo el poemario. En primer texto, que lleva por título “El signo que eres”, deja abierta una clave para la lectura. El signo del poema es una simulación de la realidad “algo parecido a la vida”, que se resuelve entre el intento de volar y la inevitable caída, pero siempre dejando abierta la posibilidad de intentarlo de nuevo. La conciencia irónica es posiblemente muestra pesimista de la realidad, pero no su cancelación definitiva. Por sus intersticios se cuelan a veces algunas certezas, el lenguaje como tabla de salvación.

La dinámica del escarabajo está en vivir a ras de todo, eso implica el contacto, el roce, y sobre todo una conciencia del movimiento: la vida como desplazamiento y su inmersión consecuente en la realidad. Salta a la vista la recurrencia de la voz poética en la configuración de un receptor que va de la mano con el referente. Asumir la *alteridad* se torna centro del juego discursivo. La segunda persona del singular, determinada por el uso implícito o explícito del «Tú», pone en sintonía la expresión objetivadora y el reflujo imaginario del «otro», que es un poco el sí mismo, pero sin llegar a ser salmódico, reverencial o moralizante. Este mismo recurso que el poeta ya ha utilizado en anteriores libros, desde *Amenaza del tiempo* (1961), *Imágenes y semejanzas* (1980) y algunos poemas de *Máscaras y lugares* (1985), en *A ras de todo* adquiere un renovado acento efectista: “Qué sería de ti/si los odios y las pasiones que un día/parecían incontenibles/en tu alma/con el tiempo/no se hubieran apaciguado” (El extremista, p. 13).

La escritura es también un ejercicio que se autorrepresenta. En un poema como “Trata de no palidecer”, el «tú» presupuesto del interlocutor pudiera leerse como una reflexión en voz alta que permite pensar en la escritura más como trascendencia que como acto cotidiano de fijación: la escritura es fe de vida: “Eres un tipo/ que se dice que escribe/porque si dejas de escribir/te bailan los enemigos y hasta podrían/sentirse avergonzadas/las mujeres/que un día te amaron/o te aman. /Pero/por sobre todo/eres un tipo que escribe/por hacerle a la muerte/las inocentes tretas que caben/en un verso./Por no dejar/que el tiempo pase/y te sorprenda palideciendo/como la vida/deshilachándote/como la vida/muriendo como los alcatraces ciegos” (Trata de no palidecer, pp. 24-25).

El contraste entre sueño y verdad, o mejor aún, entre ilusión y desencanto, se da cita en unos versos que evocan la visión del mundo desde una ya lejana infancia. Diría, como en un sueño romántico, si el poema no incluyera su contraparte: el lugar donde el sujeto lírico se ve a sí mismo “rumiando la bellísima idea/de un prado sembrado de doncellas/un carnaval de vírgenes/una fiesta de arlequines/licores y cuerpos de durazno” (Cuadrangulares, p. 27). La realidad es la

negación de ese universo onírico, o un despertar abrupto en el que todo es gris, plano, árido; entonces podríamos preguntarnos en qué punto de la realidad ha quedado ese sueño.

“Aire de lechuga” posee una singular apertura hacia la deconstrucción de lo material, basada en la austeridad de los sentimientos y en la reducción de los puntos de identificación afectiva. La propuesta del despojo opta por un mínimo de elementos, quizás esenciales, en torno a los afectos, los sueños y las pasiones. Con el paso del tiempo, revela el poema, queda tan poco de lo que se llegó a poseer, pero esa síntesis, la condición de exigüidad es luego redimensionada: “es un regalo del tiempo/y de la vida/me digo/el hecho de que al final/de aquellas tumultuosas e irreductibles/pasiones/se perfile un paisaje simplificado/un cielo claro/un río la silueta de un árbol en la tarde/ y tus ojos” (Paisaje, pp. 33-34).

En un poema como “Entre luciérnagas”, el lenguaje se muestra desenfadado, incluso en la confesión, la voz poética parece conciliar la experiencia propia con la comprensión del «otro», ese que manifiesta su antiguo anhelo de hacer el amor en público. La imposibilidad de ello es asumida por el enunciadore como su mayor frustración. El poema tiene un componente narrativo que hace trascender la banalización del recuerdo, con el alto lirismo con que se remonta a la historia privada. La pequeña anécdota desempeña una gran significación en la memoria, en ese cuarto oscuro que suele iluminarse a punta de destellos para imponer sus fragmentarias revelaciones. El amor deseado a la luz se hace realidad en los espacios cerrados y en la oscuridad: “En el recuerdo, /no obstante, /alguien vuela en la noche/ con ojos de luciérnaga” (Entre luciérnagas, p. 42).

«Aire de lechuga» parece ser el apartado más visitado por el tema del amor; del amor como posibilidad no como realización; el erotismo como alabanza del cuerpo de la amada, no como posesión. En ese nivel se tensa un arco que logra alcanzar un gran lirismo, como en el poema «Polvo de oro» (p. 44), y la más inesperada ironía como «En la ópera» (p. 55).

El último poema de «Aire de lechuga» es un homenaje al amor imaginado detrás de la música, un canto al amor fallido o a la recuperación del sentimiento

disperso de toda una generación que vivió, cantó y sufrió con el bolero. Un poema evoca mediante un epígrafe la voz nasal de Daniel Santos Santos confesando: «Yo no he visto a Linda», que el lector necesariamente completa «parece mentira». Esto encierra todo un signo de época que tuvo en el melodrama su afinque y concreción. Acaso no sea este mismo signo más que una señal de negación o un síntoma de esperanza. La canción concluye diciendo: *Oh Virgen de Atagracia, quizás algún día se acuerde de mí*. Y el poema, en esa misma sintonía esperanzadora, bebe de la bohemia: “De noche en noche/ un aire de lejana rocola te trae a la memoria/un rostro/un vientre algún corpiño un traje carnalesco/algún perfume/la orfandad de un cuerpo desnudo a tu lado/sin origen ni nombre/el fondo de una copa/unos ojos/a veces una canción y la tristeza” (A Linda, pp. 56-57).

La última parte del poemario, titulada “Del verso y sus poéticas” contiene una serie de elementos que se presuponen, en un plano más conceptual. Las formas con que la escritura deviene parcial reflejo de la realidad tienen aposento en ese conjunto de textos donde el poema se debate entre sus declaraciones y sus silencios. El sujeto lírico asume una enunciación distinta, realiza el tránsito que describe Roman Jakobson del *modo emotivo* al *modo cognitivo* del discurso. Precisamente, intenta construir una poética sobre la afirmación de la búsqueda expresiva.

En “No se justifica”, la propuesta poética se centra en la urgencia de pasar del pensamiento a la expresión, sin abandonar la necesaria frescura del poema que se construye en su aparente negación: **No se justifica**/ que un poeta diga/que toda su metafísica/incluida la idea del desamor/corren (sic) el riesgo de una definitiva devaluación/ /y que afirme/que toda totalidad es sospechosa/que de la vida y sus entornos/son salvables/sólo algunos fragmentos/de los tantos/en que las hendiduras del azar/o de la suerte/te parten el destino / /que no haya /o que no exista finalmente/nada concluido/que la vida no es dos ni es uno/ni la mitad de nada/que toda idea es fragmentaria/que el tiempo apenas regresa/hasta el presente/y que el futuro ya no es mañana sino siempre/ en fin,/ nada justifica/que

un poeta quiera agarrarse de eso/so pretexto/de que el vacío y la oscuridad de las palabras/y del lenguaje/puedan haberlo derrotado/antes de escribir el poema. (No se justifica, pp. 62-63).

En estos últimos textos de *A ras de todo* se juega a construir una «poética» desde la abstracción del lenguaje mismo. Se busca la precisión, el vocabulario, la jerga técnica, pero «lo poético» a veces se queda en proyecto, como en el caso de los poemas “Diagrama”, “Del bienestar y la fama” o “por la unidad”, que parecen sacrificar un poco el lirismo en aras de la didáctica. En el otro extremo, y creo que el más feliz o afortunado, se pone en sintonía lo poético con el oficio de vivir, y es allí donde se aprecia mejor la postura del poema frente al lenguaje y, por supuesto, la actitud del poeta ante la vida, que se refleja ahora como un acto salvador, una especie de *carpe diem* que concentra la existencia como el goce acelerado que se ciñe a la fugacidad del tiempo.

Este libro, rico en sugerencias, condensado en sus apropiaciones de la realidad, que fluye, que imprime su propio ritmo y musicalidad invita, como diría José Guilherme Merquior a leer y “analizar el poema desde su lado interior” [«Naturaleza de la lírica», en *Teorías sobre la lírica*, Madrid, Arco Libros, 1999, p. 101]. Así nos deja —o me aporta como lector— un momento de gozo por su capacidad de alusión y síntesis del mundo que ha elegido el poeta para compartirlo con generoso deleite.

En *A ras de todo* continuamos leyendo la poética sostenida de Eduardo Zambrano Colmenares a lo largo de muchos años de oficio y de unos cuantos títulos. Seguramente todavía le quedará mucho por decir. Y como una posible respuesta a ese excelente texto titulado “Queda por constatar” (p. 77), podríamos sostener que, en esos versos, la idea del amor no se hace insensible, no pierde calor, no desaparece. La vida como el azar tiene su poética, pero a ti, poeta, también te queda la poesía, /puedes estar seguro de que te queda la poesía (p. 71).

Ciudad de México, octubre 5, 2000.